

Capítulo XIII

Invención, disposición, elocución y pronunciación

EMPEZAMOS a entrar ya en el terreno práctico de la elocuencia. Enojoso es, por cierto, tener que ocuparse con repetición de las mismas materias, y nosotros hemos tenido que pasar más de una vez por esta necesidad repugnante. Al tratar en el primer tomo de la elocuencia en general, señalamos las partes de que puede constar un discurso, y trazamos sobre cada una de ellas las reglas y principios comunes de que se deriva luego toda especial aplicación. Cuando después nos ocupamos de la elocuencia forense, nos fue preciso volver sobre los mismos objetos, porque forzoso era también determinar las diferencias y especiales preceptos que la regulan, a parte de la teoría general a todos los géneros de oratoria que habíamos dejado establecida. Recientemente al contraernos en este tomo a la formación de los discursos políticos, hemos necesitado ocuparnos de las mismas divisiones para fijar nuevas y más elevadas reglas cual las reclama la elocuencia parlamentaria, elocuencia muy superior a todas las otras, y que los antiguos conocían con el nombre de elocuencia magna y elocuencia incomparable.

Conocidas, pues, ya las partes en que puede dividirse la arenga política, debe observarse que en cada una de ellas entran diferentes operaciones del espíritu que vamos ahora a determinar, señalando al mismo tiempo el modo de proceder en ellas con circunspección y acierto. Aquí ya se trata de ejecutar: de desempeñar un procedimiento dado, cuyo resultado ha de ser la formación de un discurso. Todo él, pues, se reduce en el orden de operaciones que deben precederle, a buscar y encontrar los materiales, a disponerlos y arreglarlos en la forma más oportuna, a darles el barniz que los haga más interesantes, y a exponerlos por último, con ayuda de la acción del modo que produzcan más efecto, y una impresión más agradable, fuerte o sublime.

INVENCION

El nombre por sí solo define al objeto. En esta operación del espíritu, el que se propone formar un discurso busca los pensamientos, las ideas y los raciocinios con que lo debe construir. En ella tendrá siempre más ventaja el que tenga más genio y más erudición. El primero no depende de nosotros, porque ni siquiera tiene relación con el estudio y con el trabajo. La

naturaleza lo deposita en la cabeza del hombre como cría los metales en las entrañas de la tierra. Pero con la misma dosis de genio llevará siempre más ventaja para la invención de un discurso oratorio en que cuente con mayor dosis de conocimientos adquiridos. Cuando se ha dicho que “*scribendi recte sapere est et principium et fons*” sin duda se ha querido hacer a la elocuencia, que es una escritura fugitiva, que habla al oído en vez de hablar a los ojos, y que lleva las ideas envueltas en sonidos, en vez de representarlas con caracteres escritos. El saber, pues, es el alma y el secreto de la invención. Ningún auditorio se contenta con palabras, sino que pide además pensamientos que le agraden o instruyan, y emociones que le hagan sentir. Y no debe contentarse el orador con echar mano de lo primero que se le presente; es necesario que su elección sea reflexiva y acertada, porque si se construye un discurso con malos o débiles materiales, viene bien pronto a tierra como sucede con un edificio levantado sobre la arena, o de endeble y precipitada construcción.

He aquí por qué en la invención de un discurso parlamentario, parte que es acaso la de más influencia y dificultad, debe procederse con maduro examen, con sumo pulso y detenimiento. Trabajar en esta coyuntura despacio, es trabajar para hacerlo bien; dejarse llevar de la impaciencia o de la desaplicación, es cerrarse las puertas del porvenir y del templo de la gloria. Un pintor mostró a Apeles un cuadro que acababa de concluir y le dijo para ponderarle el mérito de la obra: “Lo he hecho de repente”. Ya lo conocería yo aunque no me lo dijese, le contestó aquel artista inimitable.

Procúrese, pues, mucho que las ideas y los argumentos que prepara y escoge para su arenga el orador tengan rigurosa exactitud lógica; es decir, aquella fuerza indeclinable que penetra en los entendimientos, y que no cede al embate de las más esforzadas objeciones: bien diferente de la fuerza de la dialéctica, arte parecido al de la esgrima, que se reduce muchas veces a sacar ingeniosamente deducciones falsas de principios que también lo son.

No se puede calcular hasta qué punto daña el echar mano de racionios débiles o puramente ingeniosos. No sólo descubren desde luego su debilidad dejando en su lugar un vacío desagradable para el auditorio que se apercibe, sino que éste se alarma y empieza a escuchar con prevención y desconfianza, que es para el orador la circunstancia más desfavorable y funesta.

Téngase una prudente economía respecto al número de argumentos con que se va a formar el discurso. La atención de los que oyen tiene su medida determinada, y nunca la cautiva ni hace servir a su objeto el que una vez llega a fatigarla. No hay cosa peor que querer poner en un discurso todo lo

que se tiene en la cabeza. Éste no puede arreglarse más que con el caudal propio, porque en la invención oratoria no cabe tomar prestado ni aún imitar; pero es necesario que este mismo caudal se emplee con cierta medida y parsimonia, procurando más bien que multiplicar, escoger. Haya mucho tacto y cuidado en esta parte; porque si la invención es inconveniente o defectuosa, estos defectos se harán sentir en todo el discurso, y ni el orden de la disposición mejor calculada, ni las formas e imágenes de la elocución, ni el atractivo que presta a la arenga una pronunciación esmerada y feliz, serán bastante poderosos para encubrir o disimular aquella falta que desvirtúa por sí sola esencialmente el conjunto.

Encontrados y escogidos todos los argumentos y pensamientos que el orador quiere exponer en su discurso, convendrá que los indique con una o pocas palabras sobre el papel, para que la fragilidad de la memoria, y la confusión que a veces produce el considerable número de ideas que se agolpan, no los haga perder después de haberlos hallado. Tiene ya, pues, el orador reunidos los materiales con que va a levantar su obra, y esta obra en la elocuencia parlamentaria no es un edificio cualquiera que haya de servir a la necesidad, a la comodidad o al gusto: debe ser una obra magnífica, severa, graciosa e imponente a la vez, que inspire la idea de la inmensidad y del infinito, como la construcción de un gran templo. Puesto que ya están a la vista y representados en pocos signos los sisillares de que va a echarse mano para alzar un grandioso monumento, demos un nuevo paso, y tratemos de su distribución y arreglo.

DISPOSICIÓN

Ésta consiste en la mejor colocación que se dé a las razones o argumentos que han venido a formar el arsenal del orador. Del mayor interés es para el efecto del discurso, que este orden de exposición se trace detenida y acertadamente. Una gran parte de la fuerza de las pruebas y de los pensamientos depende del método con que se producen, de modo que desde luego se vean su dependencia y enlaces y se presten un útil y recíproco auxilio. Un consejo daremos que puede decirse encierra todo el secreto en esta operación tan trascendental. Que no pase jamás el orador a la disposición sin conocer antes perfectamente la naturaleza, trabazón, adherencias y afinidades de los argumentos que va a emplear, sin conocer el objeto sobre que va a hablar, con toda claridad y exactitud, porque sólo así podrá dar a su discurso la unidad que le es tan necesaria, presentar sus observaciones en el mejor orden posible. Las ideas son a nuestra vista intelectual lo que los objetos físicos son a nuestros ojos. Si los miramos a distancia no los percibimos sino vaga y confusamente, y sólo cuando nos acercamos a ellos, los

medimos, los analizamos y los vemos por todos sus lados, es cuando adquirimos un conocimiento exacto y completo. Al formar el plan de un discurso, los elementos de que se va a componer se ofrecen a nuestra mente también de una manera vaga y confusa, y sólo a fuerza de meditar sobre ellos conseguimos hacérselos familiares, y comprenderlos en todas sus relaciones. Si antes de haberlos comprendido con esta claridad el orador quiere entrar en la disposición de su discurso, se verá detenido a cada momento, tendrá que abandonar el camino que había tomado y seguir otro diferente y acaso contrario, y verá con disgusto que sus pensamientos flotan en la oscuridad y en el desorden, en vez de arrojar la luz y la convicción a que aspira en sus inútiles conatos. Pero si no se da un paso en la disposición hasta haber conocido exactamente cuanto la invención ha reunido para formar el discurso, entonces los argumentos y las ideas todas trazan en la cabeza del orador como un árbol genealógico en que se descubren al primer golpe de vista todas las generaciones, y entonces el plan de la arenga será a su mirada contemplativa lo que es a nuestra vista el árbol del jardín bien dirigido por la mano del podador que nos hace ver el punto de unión y de procedencia que todas las ramas tienen con el tronco. Ya hemos dicho que cuando se analiza un discurso se encuentra que todo él se reduce a uno o pocos pensamientos cardinales, de que los demás que los forman y adornan no son más que la amplificación o el desenvolvimiento. Cuando esa idea cardinal se ve dominar y producir a todas las otras, la obra se desempeña casi por sí misma, y el orador así en la fórmula mental que da a sus concepciones como en su elocución en la tribuna, no encuentra trabas ni obstáculos, y corre libre y desembarazado con la facilidad que le da la ventaja incalculable del método más riguroso.

No hay ninguna materia por complicada que parezca que no admita unidad, y en encontrarla y hacerla servir a nuestro objeto está toda la dificultad de la disposición. Para ello debe cuidarse mucho de no separar las ideas que deben estar unidas ni unir las que deben estar separadas, pues el faltar a esta regla produce siempre confusión. Pero hay otra dificultad que vencer mayor todavía en la disposición oratoria. Esta dificultad está en las transiciones las cuales piden mucha destreza para hacerlas de una manera natural y que no enfríen la atención y el interés del auditorio, lo que ciertamente sucedería si se conociera su artificio.

Cuando se entra en la disposición, el modo más sencillo es ir numerando los pensamientos sobre el papel en que están apuntados, y significando por medio de estos números el orden gradual y sucesivo en que aquellos se deben exponer.

Tenemos ya concluidos dos procedimientos: hemos encontrado y hemos dispuesto: tenemos materia y colocación; fuerza para combatir, y ordenada ésta del modo que sea más poderosa su acción. Esto es el plan, y el plan es casi todo en las arengas. Un célebre orador de la antigüedad se divertía con sus amigos pocas horas antes de haber de pronunciar un discurso de grande empeño. Sus amigos se inquietaban por él, y le manifestaron su recelo de que pudiera verse comprometido por falta de preparación. “Nada temáis, les dijo para tranquilizarlos. Tengo arreglado el plan y esto es todo en el hombre que tiene algún dominio sobre la palabra”.

Hasta aquí hemos tratado de los trabajos preparatorios que se contraen a las ideas o pensamientos en sí mismo: ahora vamos a entrar en lo que se refiere a las formas de su expresión. Esto es ya más vago y más arbitrario, y ello tienen menos parte las reglas que el genio que las domina: el genio que crea y produce lo que no pueden crear y producir los preceptos que sólo dan dirección a lo que ya existe, pero que no alcanzan a fecundar la nada.

ELOCUCIÓN

En esta parte, mejor que en ninguna otra, es en la que se conoce el orador que manda a la palabra, y que dispone de ella como un esclavo. Lo primero que debe pensarse antes de entrar en ensayos de ninguna especie, es que la elocuencia no consiste en la verbosidad, y que mucho se equivoca el que espere adquirir la reputación de orador con sólo hacinar frases, con consumir mucho tiempo en los discursos, con dar cien vueltas a cada idea, y con ostentar los tesoros de una locuacidad tan inagotable como insustancial. Por el contrario: téngase bien presente que toda superfluidad daña y constituye un defecto; porque un discurso no debe ser un juego de conceptos alambicados y sutiles, no debe ser una obra de entretenimiento, no debe ser un alarde de inoportuna erudición, y sí un espectáculo de fuerza que a todos admire y a todos subyugue.

Partiendo de esta observación que debe servir para no divagar ni sobrecargar los discursos con ideas o palabras inútiles, el orador al empezar su arenga debe hacerlo de una manera sencilla y templada para irse elevando después poco a poco, a fin de que la atención, el interés, el convencimiento y el entusiasmo aparezcan y vayan creciendo en la misma progresión. No hay nada que perjudique tanto como desplegar desde el principio todas las fuerzas; porque entonces ya no puede llegarse a más, ni llevar en aumento el calor, ni ofrecer el claro oscuro que tan indispensable es si se ha de manejar bien el ánimo y el corazón de los que nos escuchan, ni avanzar y retirarse como la destreza oratoria hace continuamente, ni dar novedad, ni variedad, ni alternativas, ni contrastes a una producción, que sólo puede

brillar y mover cuando reúne todas estas ventajosas circunstancias. Desdichado el orador que se ha revelado por entero a los cinco minutos de su arenga, aunque en ellos se haya colocado a una grande altura. De allí no podrá subir; allí le será muy difícil sostenerse; y engañando a la general ansiedad y expectativa que a cada instante desean mejores y más grandes cosas, pronto se le escuchará con indiferencia o con disgusto, y se le volverá la espalda para sustraerse a un espectáculo tan amanerado y monótono.

La variedad en el discurso es lo que más gusta y atrae. El orador diestro en la elocución presentará unas veces reunidos los argumentos para dar a sus demostraciones más fuerza y energía; otras los separará ingeniosamente para multiplicar los golpes y la impresión; ya usará de la forma expositiva como señal de su convicción íntima y arraigada; ya preferirá la interrogación como más apremiante; ya interpelará directamente a su adversario con rudos y sostenidos apóstrofes; ya exclamará; ya hará gradaciones magníficas; ya descripciones felices; y por tantos y tan diversos medios dará a su palabra una amenidad, una fuerza y un encanto que la hagan recoger con placer y con anhelación en medio de los más espontáneos y vivos aplausos.

Una advertencia debe tenerse muy presente en la elocución de los discursos parlamentarios, y es evitar con cuidado toda digresión. Las digresiones que tanto gustan en la poesía porque el ánimo sólo quiere descansar y recrearse, producen muy mal efecto en la elocuencia, porque en ella el ánimo ansía llegar al término, y para ello marchar siempre adelante.

Basta tener a la vista estas observaciones ligeras en la elocución conocidas que sean las formas y figuras que deben emplearse, porque hemos dicho que en ella el genio se mueve sin trabas ni estorbos, y en el genio hay algo más fecundo y más poderoso que todas las reglas, medida y compás formado para los hombres comunes. El genio había pasmado al mundo con sus magníficas producciones antes de que existieran los preceptos que han servido con frecuencia sólo para esterilizarlo. El genio se forma a sí mismo las reglas, no de convención sino de espontaneidad; marcha por los caminos que le señala la naturaleza y que sólo él comprende, y siempre es aplaudido, porque sus giros y su lenguaje se fundan en una base común e imperecedera, en tanto que las combinaciones humanas son tan encontradas e impotentes como variables. Preguntad al genio dónde ha aprendido lo que hace, qué maestro se lo ha enseñado, qué modelos o consejos ha seguido; y os dirá que sus obras son el fruto de una planta cerebral cuya semilla derramó la naturaleza cuidando también de su desarrollo, y que toda su superioridad se debe a sus privilegiados instintos que le hacen caminar en línea recta, elevarse a una altura inaccesible a los demás hombres, y ver las cosas por el lado que más sorprenden y más embriagan.

¿Enseña por ventura el águila a sus polluelos a levantarse sobre el manto de las nubes, a mirar desde allí al sol con osadía, y a cernerse seguros en aquellas diáfanas regiones? No: porque la naturaleza les dio las alas y los instintos que los hacen remontar hasta perderse a nuestra vista. Lo mismo es el orador de genio: las reglas sólo le dicen lo que debe evitar, pueden a lo más darle la dirección, y después lo dejan abandonado a sí mismo, como el buque velero se entrega sin miedo al impulso de los vientos, después que la ciencia le ha sacado de la orilla, donde abundaban los escollos y los peligros. En la invención y disposición oratoria hay preceptos a que es indispensable ajustarse; pero una vez formulado con su auxilio en la cabeza el conjunto y las partes del discurso que se va a pronunciar, llega la elocución que no tiene otra regla que la de seguir los giros y movimientos que la inspiración envía. Mandad entonces al genio que se sujete escrupulosamente a todas las reglas que han establecido los retóricos en sus helados insomnios, y es como si quisierais que un caballo se lance en una veloz carrera fuertemente trabado y oprimido por el duro freno.

Sólo nos resta ya examinar el último procedimiento que tiene lugar en los discursos parlamentarios.

PRONUNCIACIÓN

A la pronunciación corresponden el modo de emitir la palabra, y la acción en todo su conjunto. La voz une a su sonoridad la flexibilidad que le hace seguir todas las modificaciones que el orador quiere imprimirle, y representar al lado de la idea los afectos todos de que el que la anuncia se encuentra poseído.

Al empezar un discurso no debe levantarse mucho la voz, porque equivaldría a hacer imposible para después las inflexiones y las alternativas, y más imposible todavía la mayor viveza y timbre que debe tener cuando el calor de la arenga va aumentado con su interés.

Las palabras que expresan ideas graves y de cierta solemnidad, se deben pronunciar con voz reposada y sostenida, y velozmente las que indican afectos vivos o encontrados. Siempre debe sostenerse la voz a los finales, porque una sola palabra que en ellos se pierda, hace ininteligible todo lo demás, y perdidos los rasgos y las bellezas que suele contener la terminación de los períodos.

La palabra debe seguir en su entonación y en sus cambios las mismas alternativas que siguen las ideas que representa; y así será lenta o viva, animada o tranquila, fuerte o dulce, según sea el pensamiento de que es en aquel instante la inmediata y genuina expresión. Debe haber en todo ello suma naturalidad, como la hay en las conversaciones familiares, aun-

que con otra elevación y con cierto énfasis que es lo que se llama acento oratorio.

A las veces hay contrastes en las ideas y en los afectos, y entonces es necesario que la palabra los exprese súbita y felizmente, pues nada gusta tanto como estos repentinos cambios cuando se desempeñan con viveza y propiedad.

A las modulaciones de la voz ayuda en gran manera la acción. Si mientras se pronuncia el discurso más vehemente se viese al orador en una completa inmovilidad, sin que un ademán, ni un gesto, ni la expresión instantánea de los ojos y del semblante viniesen a decirnos que sentía aquello mismo que sus labios expresaban, sus palabras harían poco o casi ningún efecto, porque les faltaría la acción que es su mejor auxiliar. Pero no sólo auxiliar: la acción es a las veces más poderosa que la palabra. Ella tiene por sí sola una fuerza que es independiente de la expresión oral de la idea, y esta fuerza se apoya en un principio común e indestructible, cual es el comercio que existe entre los corazones en los misterios de la sensibilidad y de las simpatías. De este lenguaje que todos hablamos y todos entendemos, no se desconfía nunca; porque no va a la convicción pasando por los oídos, sino que se dirige al corazón por el camino de los ojos, y el corazón no piensa, ni raciocina, ni calcula, ni entiende de sutilezas, ni de artificios. Sólo sabe sentir. La acción por lo tanto revela lo que no puede expresar la palabra, llega a donde ésta no alcanza, y hiere con un golpe rudo y permanente, cuando la voz sólo pinta una imagen fugaz y transitoria.

La fisonomía refleja todas las emociones del alma; y es como un espejo que hace ver todo lo que ésta siente. A proporción que el orador sea más impresionable, tendrá más movilidad en sus órganos, y más ventaja en la línea de esta expresión contagiosa; en tanto que ninguna poseerán los hombres cuyos rostros de hierro mudos y obstinadamente reposados, no admiten la menor alteración ni anuncian señal alguna de las emociones interiores. La emoción es como el fluido eléctrico que se comunica sucesivamente, pero en que es necesario para que circule que antes lo tenga aquel que nos le envía. Si en el orador no se ve retratada la pasión no sólo en sus palabras, sino en sus movimientos, en sus ademanes, en sus ojos, en la expresión toda de su fisonomía, la llama no aparece ni se trasmite a los que sólo ven un objeto frío e insensible.

Pero esta animación del orador debe ser el inmediato producto de su pasión y no el resultado de combinaciones anteriores, ni de ensayos en que se haya preparado. Si la acción se estudia y calcula antes de presentarse en la tribuna, el orador se confunde con el actor, la acción se prodiga cuando en

La Elocuencia Parlamentaria

ella debe haber una prudente sobriedad, y por las maneras exageradas se degenera en el ridículo.

La elocución comprende al exordio, parte de prueba, parte de afectos, y al conjunto todo del discurso parlamentario, y por lo tanto entran en ella cuantos principios hemos establecido hasta aquí. Es la fórmula práctica y ostensible de todas aquellas reglas, y deben tenerse muy a la vista los tropos, figuras, giros, movimientos y modos de enunciación que hemos antes recorrido, como elementos de fuerza, de agrado y de belleza en las producciones oratorias.

Queda, pues delineado cuanto entra en la estructura de las arengas que se pronuncian en las asambleas políticas. La teoría se funda en un método sumamente sencillo, reducido a pocos y fáciles preceptos. La analiza para descomponer un modelo o formar una obra propia, y la observación para notar y comprender todas sus partes y bellezas, son los únicos medios de adquirir prontamente esa ventaja en la palabra que tanto nos admira, y que nos parece un privilegio concedido por el cielo, cuando principalmente es la conquista del trabajo y el producto de los afanes de la inteligencia. Que el que se proponga ser orador procure en sus ensayos hacerlo primero bien, después más bien y luego siempre mejor.

Que principie por dejar todos los vicios y resabios que haya adquirido, por desterrar la dicción redundante, enfática y ampulosa, que es el defecto común en los que creen que la elocuencia es la palabrería y la altisonancia, y que sigan el método que hemos indicado, que es más natural y por lo mismo más sencillo, más practicable y más fecundo. A éstos debe decirse ante todo con S. Agustín: “Quema lo que has adorado, y adora lo que has quemado”. Que se tenga gran cautela cuando se elige y estudia un modelo, para no incurrir en sus defectos, porque esto sería hacer lo que los discípulos de Platón que querían imitar a su maestro hasta en la joroba, o los de Aristóteles, que procuraban tomar su pronunciación tartamuda.

Pasaremos ahora a aplicar, para hacerlo más familiar y sencillo, todo lo que anteriormente hemos establecido.